

Nacionalismo y debate racial

Por ORLANDO FREIRE SANTANA

A partir de 1886, fecha en que se decretó la abolición de la esclavitud en Cuba, pero más marcadamente después del advenimiento de la República en 1902, dos concepciones trataron de abrirse paso en una trama tan sensible para la Isla como lo era sin dudas el debate racial, máxime tomando en cuenta la casi condición de no persona que habían sufrido los negros esclavos durante cuatro centurias.

De una parte, los defensores de la tesis de que con la abolición, y sobre todo al analizar el cuerpo legislativo de 1901 que garantizaba el voto a los negros y la integración racial en la enseñanza pública, se creaban las condiciones para una era en la que no se evaluarían a las personas de acuerdo con el color de su piel, y en consecuencia sobrevendría la fraternidad racial a enseñorearse en el firmamento de la sociedad cubana. De la otra, quienes opinaban que, no obstante lo anterior, había que bregar muy duro para extirpar el problema racial porque, aun en el plano subjetivo, el negro se sentía discriminado. Habrían comulgado con un criterio expuesto hacia el año 2002 por el ensayista Fernando Martínez Heredia, en el sentido de que "el negro sufrió una autosubestimación al recordar su llegada tarde al idioma, a la libertad personal, a la adulez legal, a la virtud, a ser respetable".¹

Cada una de ellas, a su manera, intentaba constituirse en el vehículo idóneo para acceder a la patria inclusiva, con todos y para el bien de todos, que había solicitado el Apóstol. Los exponentes de la fraternidad racial porque, según ellos, esa era la única manera de eludir una fractura en el seno de la familia cubana. Dirían, como Jorge Mañach, "que las diferenciaciones constituyen factores de desintegración social -lo mismo las de raza, lengua o religión- no cuando meramente existen, sino cuando se les da un relieve injusto".² Los representantes del problema racial, por su parte, debido a que -además de lo subjetivo- en su opinión existieron desde el primer momento elementos tangibles que indicaban la presencia de un racismo precariamente encubierto. Y entre ambos, cual fundamento de disuasión que siempre ha inclinado la balanza hacia la primera de las concepciones mencionadas, un fuerte sentimiento nacionalista que protegería a la Isla de los apetitos de su poderoso vecino norteno.

Con la actuación de nuestro primer presidente, Tomás Estrada Palma, los apologistas del problema racial hallaron la chispa inicial con que encauzar sus demandas; un desafuero que poco después iba a adquirir un brío inusitado. El mandatario, a todas luces con el objetivo de acelerar el blanqueamiento del país, favoreció la inmigración de trabajadores extranjeros -la mayoría españoles- en detrimento de la población negra de la Isla, muchos de cuyos integrantes acumulaban grandes méritos de la gesta independentista y, lógicamente, aspiraban a ocupar los empleos que generara la naciente República. Además, le reprobaban al Jefe de Estado el trato poco reverencial brindado a Quintín Banderas cuando el general acudió a la máxima instancia de la nación en busca de un empleo acorde con su categoría, así como la no inclusión de funcionarios negros en el servicio exterior de la República.

Pero la gota que colmaría la paciencia negra no sobrevino precisamente de la mano del primer mandatario, sino de los liberales que combatieron su reelección. Estos últimos se aprovecharon del descontento negro para enrolarlos en el alzamiento armado de 1906 contra Estrada Palma, bajo la promesa de que en el futuro todo iba a ser mejor para ellos. Mas, según el parecer de los portavoces del problema racial, nada cambió con la asunción liberal a partir de 1909. Previamente, y tal vez en un rapto de advocación premonitoria, se había fundado en 1908 -en plena segunda ocupación norteamericana- el Partido Independiente de Color (PIC) por varias de las figuras más prominentes entre la población negra de la Isla. De acuerdo con el criterio de Rafael Fermoselle, las condiciones estaban creadas para que "la población de color empezara a adquirir conciencia como raza en vez de como parte de la nacionalidad cubana".³

En realidad no toda la población negra se hallaba sumida en semejante sentimiento; es más, muchas evidencias indican que fue minoritaria la adhesión al Partido, y muchos menos los que secundaron la protesta armada de 1912. Según apunta Serafín Portuondo: "El primero de julio de 1912 los congresistas de color dirigieron un manifiesto a la opinión pública -también firmado por Juan Gualberto Gómez, no congresista- en el que afirman que no había existido ni existían proble-

A CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA

SA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA

mas de raza en el país”.⁴ O sea, en momentos en que ya corría en tierras orientales la sangre de los negros rebeldes, las más destacadas personalidades negras del país no solo le negaban el apoyo a los sublevados, sino también hasta a la propia existencia del PIC.

Era, ni más ni menos, la tesis de la fraternidad racial que lanzaba una contraofensiva en nombre de los intereses de la nación. Un argumento que había contado con un instante definitorio cuando, el 14 de febrero de 1910, el Senado de la República aprobó una enmienda presentada por Martín Morúa Delgado que declaraba ilegal a cualquier agrupación política fundada sobre principios raciales. Un postulado, en fin, cuyas raíces brotaban de una muy recurrente afirmación martiana aparecida en el periódico *Patria* en abril de 1893: “Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro”.⁵ Porque, y también según el Maestro, “El hombre negro que proclama su raza, autoriza y provoca al racista blanco. De racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro”.⁶

El ya citado autor Rafael Fermoselle da a conocer la existencia de un documento, al que califica como “uno de los más desagradables de la historia de Cuba”⁷, que reforzaría el punto de vista de los que intentan restarles cubanía a los integrantes del PIC. Se trata de una carta, con fecha 20 de octubre de 1910, y que se conserva en el Archivo Nacional de Estados Unidos. En la misiva, el Comité Ejecutivo Provincial del PIC en Oriente se dirige al presidente William Taft para recabar la protección de Washington a los independientes de color. Ellos siempre consideraron contradictorio el hecho de que se permitiera su nacimiento por el interventor Charles Magoon, y después fueran reprimidos por el gobierno cubano de José Miguel Gómez. Pues bien, el amparo solicitado se basaba en la Enmienda Platt, a la que los autores de la carta llaman “una visionaria medida introducida por su prudente Gobierno en nuestra Constitución”.⁸

Entonces el miedo a una nueva intervención norteamericana en la Isla conduciría al gobierno del liberal Gómez a emplear un inusitado despliegue militar en aras de sofocar la revuelta. El Presidente, desde el primer momento, se preocupó por hacer ver a Washington que sus intereses en la Isla eran bien defendidos por las autoridades de la nación y, en consecuencia, resultaba innecesaria una nueva injerencia. A Orestes Ferrara, presidente de la Cámara de Representantes, le tocó la encomienda de tranquilizar al inquilino de la Casa Blanca.

Si Serafín Portuondo -no defensor de la protesta armada, pero sí de la existencia del Partido- habló de un linchamiento moral del negro antes de 1912, no sería aventurado afirmar que ese año el país presenció

un auténtico linchamiento físico, o una masacre, como algunos autores califican la respuesta del Ejército a los sublevados. El principal cabecilla de ellos, Evaristo Estenoz -al decir de muchos historiadores-, prefirió lanzarse al barranco, a lo Céspedes, antes de afrontar la deshonra de caer vivo en manos de sus perseguidores. Aun para muchos apologistas del PIC, la agrupación política adoleció de sectarismo, así como estrechez de miras al centrar únicamente sus demandas en la abrogación de la Enmienda Morúa, en lugar de formar un frente común con otros desfavorecidos de la sociedad.

Buena parte de la opinión pública de la época aprobó la acción de las autoridades en contra de la rebelión armada. Se interpretó como una legítima defensa de las instituciones republicanas y los sagrados intereses de la nación. Es más, podría argumentarse que a partir de 1912 fue apreciable la exacerbación de cierto racismo, manifestado principalmente en algunos espacios privados y en la segregación de las personas, según el color de la piel, en determinados parques públicos del país. Este repunte objetivo del racismo, sin dudas, iba a reactivar el afán de los seguidores de la tesis del problema racial, lo que redundaría en una gradual proliferación de sociedades de color, las que se proponían defender los derechos de la población negra de la Isla. Todo ello a pesar de que, según estadísticas recogidas por el investigador cubanoamericano Alejandro de la Fuente, un avance nada despreciable se había experimentado en la superación de los negros cubanos: “En 1899 había sólo un abogado negro, 10 médicos, dos contadores y 102 maestros. Tres décadas más tarde era claramente distinguible un sector social de profesionales negros, pues había 174 abogados, 158 médicos, 49 dentistas, 71 farmacéuticos y 1375 maestros”.⁹

Fulgencio Batista, quien a fines de los años treinta se presentaba a sí mismo como un populista radical preocupado por el destino de los obreros, los campesinos y los desposeídos, además de autootorgarse la encarnación de la revolución de 1933, tras el golpe de 1952 se hizo acompañar de líderes de las sociedades de color y otras prominentes personalidades negras del país, como Generoso Campos Marquetti, Gustavo Urrutia y Gastón Baquero. Y realmente colaboraron ellos con el hombre fuerte de la nación, a tal punto que abundan las opiniones en el sentido de que, a causa de ello, las sociedades negras estuvieron incapacitadas para representar los intereses de los negros cubanos en la Cuba posterior a 1959.

Al cabo, y antes de traspasar ese indudable punto de inflexión que significó la llegada al poder de los barbudos de la Sierra Maestra, conviene, también al margen de las dos concepciones que continuarían pugnando por prevalecer, acudir nuevamente a De la Fuente, y asentir

junto a él en una especie de saldo acerca del sendero recorrido: “Ni la integración racial absoluta, ni la exclusión cabal, caracterizan la historia de Cuba como una nación independiente. Ambigüedad es el término que mejor define la evolución de las relaciones raciales en Cuba durante la primera mitad del siglo XX”.¹⁰

Comoquiera que los espacios privados habían constituido siempre el bastión principal -casi el único- de las manifestaciones racistas de carácter objetivo en nuestro país, la naciente Revolución, al eliminar esos espacios en lo económico, lo educativo y lo social, creó las condiciones para una integración sin precedentes de los ciudadanos negros en todas las esferas de la vida nacional. Sin embargo, al parecer, las premisas se confundieron con la evidencia, y una fraternidad racial que precisaba de tiempo para su constatación definitiva, fue declarada por decreto. Como no hacían falta, fueron cerradas las sociedades de color, y una figura como Walterio Carbonell, al que muchos autores califican como iniciador del movimiento negro en la Cuba revolucionaria, fue condenada al ostracismo. Ese sería el pecado original de las nuevas autoridades en materia racial.

El debate salía entonces del dominio público y pasaba a la esfera de la jarana popular, un ámbito propicio para que en el plano subjetivo se reforzaran estereotipos que apuntan hacia una inferioridad del negro. Más, a veces en esa mengua pesa la resaca de la autostestimación de que hablara Fernando Martínez Heredia. He apreciado una susceptibilidad en algunos negros que los llevan a notar racismo donde otros no lo advierten. Por ejemplo, nunca he escuchado a nadie exclamar que existe racismo contra los blancos en el voleibol femenino debido a que en las *morenas del Caribe* no haya ninguna jugadora de piel blanca. En cambio, muchos se quejan de racismo por la escasez de galanes negros en la televisión, o no encontrar alguna que otra bailarina de piel oscura en las compañías de ballet español.

Mientras tanto, el tema racial trascendía lo vernáculo y engrosaba el arsenal de los que allende los mares apoyaban o censuraban a la Revolución. Para el investigador del Instituto Cubano de Antropología, Pablo Rodríguez Ruiz, “el análisis racial se halla en el fuego cruzado entre los que lo toman para criticar a la Revolución, y aquellos que contemplan el proceso revolucionario con visos de perfección”.¹¹ Entre estos últimos -sí no con visos de perfección-, Santiago Carrillo, por ejemplo, estima que Cuba ha resuelto el problema racial. En un texto muy parecido a sus memorias, el ex líder del Partido Comunista español escribió lo siguiente: “La democracia que se propone a los cubanos en oposición a Castro supondría la pérdida de la independencia nacional, el retorno a la dominación norteamer-

icana, a la discriminación de las masas afrocubanas, y a la pérdida de las conquistas sociales y culturales de la Revolución”.¹²

En cuanto a los críticos sobresale, entre otros, la faena del columnista afro cubano radicado en Miami, Enrique Patterson. En una de las primeras entregas de *Encuentro de la Cultura cubana*, Patterson identifica dos modalidades fundamentales de racismo practicadas durante los siglos XIX y XX: los que han usado al negro y aquellos que los han excluido. Entre ambas, empero, alega la existencia de un trato intermedio; un tratamiento observado en Martí y en los actuales gobernantes de la Isla: “Saco y Arango brindan una solución racista, y en Martí hay un avance por cuanto no elimina a los negros como cubanos, sino los elimina como negros, como sujetos con una historia y problemas específicos”.¹³ A renglón seguido califica la actitud del Apóstol como un “discurso de la negación”. Un punto de vista que hace extensivo a la conducta de la Revolución hacia las personas de color.

A diferencia de lo acontecido con las discriminaciones por motivos de fe o preferencia sexual, a las cuales, de una manera u otra, y con momentos de mayor o menor acentuación, se les reconocía su presencia en el entramado social de la nación, la hipotética marginación por consideraciones raciales -como ya expresamos- yacía en el más absoluto silencio oficial. Sólo en espacios alternativos, muchas veces coqueteando con la disidencia política, los que se obstinaban en mantener latente la tesis del problema racial continuaron hurgando en el tema. Para el discurso oficialista, por su parte, cualquier indicador objetivo que apuntara en sentido contrario a su punto de vista era calificado como un rezago del pasado. Así sucedía, entre otros, con el altísimo porcentaje de negros en los centros penitenciarios del país.

Precisamente, ahondando en la herencia del pasado y en la permanencia o no del problema racial en la Cuba de hoy, resulta interesante lo que escribe el ensayista Víctor Fowler. No sé por qué, pero se me antoja que la atmósfera de ambigüedad que nos refiriera Alejandro de la Fuente no ha perdido vigencia (aquí incluyo el hecho de que el factor rezago no clasificaría únicamente como un mito del poder): “En las condiciones de capitalismo agrícola subdesarrollado, con estructura económica monoprodutora, mercado esencialmente absorbido por Estados Unidos, dentro de un orden republicano construido encima de un pasado colonial-esclavista, además de una alta cantidad de inmigrantes provenientes de la antigua Metrópoli, el racismo es una necesidad de funcionamiento del sistema y no una casualidad ni consecuencia que obedece a una lógica exterior. Del lado contrario, el tipo de ruptura que la Revolución propone,

A CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA

SA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA * CASA CUBA

armonía entre las razas y suprimiera el debate en torno al tópico, se asía a la doctrina marxista-leninista -cierto que con una interpretación de ella que se me antoja algo forzada- para enaltecer el papel del negro en nuestra historia.

El tema Walterio, y su hipotético ostracismo, ha sido recurrente en el arsenal de los que en este terreno han estigmatizado a las autoridades de la Isla. Aun para los que estuvimos cerca de él en los últimos años de su vida, nos resulta complejo definir un criterio al respecto. Su apariencia externa era paupérrima; no obstante, ocupaba una plaza de investigador en la Biblioteca Nacional -apenas sin trabajar realmente-, además del beneficio de una asignación mensual en divisas (CUC) por el Departamento de Atención a Personalidades del Ministerio de Cultura.

Mas, cuando empleo el vocablo “rehabilitación”, pienso en la reedición de su texto *Cómo surgió la cultura nacional*, un ensayo que vio la luz inicialmente en 1961, en plena apoteosis de los que pretendían reescribir la Historia de Cuba al calor del Materialismo Histórico de Marx. A propósito, reeditar ese libro puede haber satisfecho una demanda, pero también chocar con la tendencia semioficialista de la historiografía que se escribe en el país. En momentos en que, si bien no con el idealismo que acostumbraban los historiadores de la etapa republicana, se exaltan a figuras como Varela, Saco, Luz, Delmonte y otras, a los que se consideran padres fundadores de nuestra nacionalidad, resulta contrastante toparse con un criterio como el siguiente: “Figuras oscuras, esclavistas de la peor especie, como Arango y Parreño; esclavistas atormentados como José Antonio Saco y Luz Caballero, enemigos de las revoluciones y de la convivencia democrática, todos ideólogos reaccionarios del siglo XIX, han sido falsamente elevados a la categoría de dioses nacionales por los historiadores, profesores y políticos burgueses”.¹⁶

Claro, Carbonell reta a la historia oficial desde posiciones revolucionarias y recibe homenajes; en cambio, si Alexis Jardines afirma desde posiciones no revolucionarias -parecido a lo que en otros contextos realizan Rafael Rojas, Emilio Ichikawa y otros- que “la vertiente Caballero-Varela-Luz-Varona no representa filosofía cubana, sino filosofía en Cuba. Es tan solo receptiva y no creativa. La verdadera filosofía cubana surge en los años cuarenta del período republicano con figuras como Máximo Castro y Humberto Piñera Llera”¹⁷, entonces dicen de él que “intenta desmontar el siglo XIX cubano y dejarnos sin historia”. Nada, que cada vez me adscribo más a una opinión atribuida al trovador Silvio Rodríguez: “En Cuba lo importante no es qué se dijo, sino quién lo dijo”.

Otro indicio de apertura en el tema racial lo con-

templamos en la creación de una comisión para celebrar el centenario del Partido Independiente de Color, la cual pretende extender sus labores hasta el año 2012, cuando arribemos a la centuria de la protesta armada. De acuerdo con el criterio de los apologistas de la tesis del problema racial, la burguesía republicana -y por qué no, la Revolución también hasta hace muy poco- había sumido esos acontecimientos en el olvido. De igual modo, la publicación en el año 2002 por la Editorial Caminos, del Centro Martin Luther King, del texto *Los independientes de color*, de Serafín Portuondo Linares, muestra la tendencia que se manifiesta en nuestra sociedad en el sentido de abrir el debate alrededor del asunto racial. Ese libro fue publicado por primera vez en 1950, y se le considera entre lo más completo que trata los vericuetos del Partido y las acciones que condujeron a la eliminación de sus principales líderes.

En medio del creciente ajeteo de los partidarios de la tesis del problema racial -algunos de ellos ya califican a Obama como “mi presidente”, ¿continuarán pensando más como negros que como cubanos?-, y en un debate escenificado en el teatro de la Biblioteca Nacional, ante un panel integrado, entre otros, por los intelectuales Roberto Zurbarano y Tomás Fernández Robaina -este último, uno de los más acuciosos y perseverantes investigadores de la problemática racial en nuestro país-, hube de efectuar esta interpelación: “¿Si se modificara la actual Constitución del país, y se permitiera la existencia de más de un partido político, ustedes opinan que las disparidades raciales en la Cuba de hoy ameritarían la formación de un partido para defender los intereses de los negros?” Tras meditar un buen rato -al final me expresó que mi pregunta era algo “provocadora”-, Fernández Robaina me respondió que no, que no existía en el país la misma perentoriedad que en el año 1908. Era el reconocimiento tácito de lo que se había avanzado en materia de integración racial.

Y en el interín, una nueva evidencia parece afianzar el desbalance entre las dos concepciones que se disputan la supremacía en el debate racial. En la génesis de nuestra vedadense calle G o Avenida de los Presidentes, una estatua yace decapitada, y su dedicatoria suprimida, como si se quisiera borrar de la memoria colectiva que Tomás Estrada Palma fue nuestro primer presidente. Él, paradigma de gobernante honrado y celoso velador del presupuesto de la República, cometió, eso sí, la falla de propiciar la segunda ocupación norteamericana de la Isla. Todo a causa de esa maldita costumbre que acompaña a muchos gobernantes de perpetuarse en el poder. Según el historiador Rolando Rodríguez, la nación nunca podrá perdonar el accionar del mandatario; un proceder basado en el siguiente párrafo de una carta que dirigió a un amigo: “Jamás he tenido empacho en

afirmar, y no temo decirlo en alta voz que es preferible cien veces para nuestra amada Cuba una dependencia política que nos asegure los dones fecundos de la libertad, antes que la República independiente y soberana, pero desacreditada y miserable por la acción funesta de periódicas guerras civiles”.¹⁸

En cambio, en el remate de la propia avenida, se yergue de cuerpo completo la efigie de nuestro segundo Jefe de Estado. Un Presidente que dilapidó el tesoro de la nación y comulgó con las más variadas facetas de la corrupción administrativa (Tiburón se baña, pero

salpica). Pero el general José Miguel Gómez, eso sí, aun a costa de masacrar a los negros, mantuvo una digna postura ante las intenciones intervencionistas de Estados Unidos. Una vez más, nuestro fuerte sentir nacionalista parece interponerse en el camino de los que defienden la tesis del problema racial.

FUENTES

(1) Martínez Heredia, Fernando. Prólogo a la segunda edición del libro Los independientes de color, de Serafín Portuondo Linares. Editorial Caminos. La Habana, 2002

(2) Mañach, Jorge. La nación y la formación histórica, en Historia y estilo. Editorial Minerva. La Habana, 1944

(3) Fermoselle, Rafael. Política y color en Cuba. Editorial Colibrí. Madrid, 1998

(4) Portuondo Linares, Serafín. Los independientes de color (2da. Edición). Editorial Caminos. La Habana, 2002

(5) Martí, José. Mi raza, en Patria, 16 de abril de 1893.

(6) Idem.

(7) Fermoselle, Rafael. (Obra citada)

(8) Idem.

(9) De la Fuente, Alejandro. Una nación para todos (Raza, desigualdad y política en Cuba 1900-2000). Editorial Colibrí. Madrid, 2000

(10) Idem.

(11) Rodríguez Ruiz, Pablo. Espacios y contextos del debate racial actual en Cuba, en revista Casa de las Américas no. 53, enero-marzo de 2008.

(12) Carrillo, Santiago. ¿Ha muerto el comunismo? Editorial Plaza Janés. Barcelona, 2000

(13) Patterson, Enrique. Cuba: discursos sobre la identidad, en Encuentro de la Cultura Cubana no. 2. Otoño de 1996.

(14) Fowler, Víctor. Contra el argumento racista”, en página web de Cubaliteraria, 21 de enero de 2009.

(15) Idem.

(16) Carbonell, Walterio. Cómo surgió la cultura nacional. Ediciones Bachiller. Biblioteca Nacional “José Martí”. La Habana, 2005.

(17) Jardines, Alexis. Filosofía cubana in nuce. Editorial Colibrí. Madrid, 2005.

(18) Rodríguez, Rolando. Estrada Palma: es preferible la dependencia política, en Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”, año 99, Números 1 y 2, enero-junio de 2008.